

Trabajo útil y esfuerzo inútil

por **William Morris**



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2015

Ω

Sobre el autor: William Morris:

(Walthamstow, Londres,1834 - Londres,1896) Escritor, reformador social, diseñador y artista inglés que a través de su obra literaria, teórica y artística intentó la renovación de la cultura recuperando el espíritu de las artes y oficios medievales. Como diseñador y artesano, su obra ejercería gran influencia en el diseño de libros, en el arte de la impresión, en las artes visuales y en el diseño industrial del siglo XIX. Su ideario social, de signo utopista, quedó recogido en escritos teóricos y en novelas como *Noticias de ninguna parte* (1890). (Para más información: [Biografía y Vidas](#))

Ilustración de la portada:

Desmotivaciones.es

Digitalización y maquetación:

Biblioteca Omegalfa.

Año 2015

ALGUNOS de mis lectores pueden sentirse extrañados por el título de estas páginas. Actualmente, la mayoría de la gente da por supuesto que todo trabajo es útil, y la mayoría de la gente pudiente estima deseable todo tipo de trabajo. Para la mayor parte de la gente, sea o no pudiente, no hay trabajo tan inútil que no sirva para que quien se dedica a él se gane la vida. Se trata de “su empleo”, como suele decirse, y la mayor parte de las personas pudientes elogian y ensalzan al feliz trabajador cuya “laboriosidad” le lleva a negarse todo placer y todo asueto en aras de la sagrada causa del trabajo. En pocas palabras: la idea de que todo tipo de trabajo es bueno de por sí se ha convertido en dogma de la moral moderna. Una fe que resulta muy provechosa para quienes viven del trabajo ajeno. En cambio, yo recomiendo a aquellos a cuya costa viven los anteriores no acatarla ciegamente, sino examinarla un poco más a fondo.

Aceptemos, en primer lugar, que la raza humana debe trabajar o perecer. La Naturaleza no nos entrega de forma gratuita nuestro sustento: debemos ganarlo esforzándonos de alguna forma o en algún grado. Veamos, pues, si la Naturaleza nos ofrece alguna clase de compensación a esta obligación de trabajar, considerando que, ciertamente, en otros ámbitos, se ocupa de que los actos necesarios para preservar la vida del individuo y la especie sean no sólo tolerables, sino hasta placenteros.

Podéis estar seguros de que así sucede, y que el hombre, por naturaleza, salvo que se halle enfermo, disfruta con su trabajo en determinadas condiciones. Y, sin embargo, debemos decir, a despecho de las hipócritas alabanzas indiscriminadas al trabajo en general, a cuyo respecto ya me he pronunciado, que ciertas clases de trabajo tienen menos de bendición que de maldición, y mejor sería para la comunidad, y para el trabajador, que éste se cruzara de

brazos y se negara a trabajar, y muriera o nos obligara a llevarle al correccional o a la prisión, lo que preferiréis.

Tenemos aquí dos clases de trabajo: uno bueno y otro malo; uno que dista poco de ser una bendición, una forma de suavizar la vida, el otro, una maldición pura y simple, una tara para toda la vida.

¿En qué se diferencian, pues, uno y otro? En esto: uno contiene esperanza; el otro no. Es propio de los hombres realizar trabajos de la primera clase; es propio de los hombres negarse los de la segunda.

¿En qué consiste esa esperanza que, cuando se halla presente en un trabajo, lo hace digno de ser realizado?

Es triple, a mi parecer. Esperanza de descanso, esperanza de un producto, esperanza del placer del trabajo en sí mismo; y esperanza de tener estas tres cosas abundantemente y con calidad. Suficiente descanso, y tan bueno que merezca ser disfrutado; productos dignos de ser poseídos por cualquiera que no sea un necio o un asceta; tanto placer que todos seamos conscientes de él mientras trabajamos y no se trate de una simple costumbre a añorar del mismo modo que el tonto echa de menos el hilo con que jugueteaba.

He hablado en primer lugar de esperanza de descanso, porque es la parte más sencilla y natural de nuestra esperanza. Sea cual sea el placer implícito en algunos trabajos, es indudable que hay dolor en toda clase de trabajo, el dolor animal que conlleva despertar nuestras energías, el temor animal a cambiar cuando nos encontramos a gusto con las cosas tal como son. Y la compensación de este dolor animal tiene forma de descanso animal. Necesitamos la certeza, mientras trabajamos, de que ha de llegar un momento en que no haya que trabajar. Y de que ese descanso, cuando llegue, será lo bastante prolongado como para poder disfrutarlo; que superará a lo meramente necesario para reponer la fuerza gastada trabajando. Y también ha de ser descanso animal, a salvo de la ansiedad, pues de lo contrario no podremos disfrutarlo. Con esta can-

tividad y esta clase de descanso habremos conseguido, de momento, no ser peores que las bestias

Respecto a la esperanza de un producto, he dicho que la Naturaleza nos obliga a trabajar para obtenerlo. Es asunto *nuestro* preocuparnos de producir *en verdad* algo, en vez de nada, o algo que, como mínimo, no deseamos o no se nos permite utilizar. En la medida en que nos preocupemos de esto y sigamos nuestros deseos, estaremos por encima de las máquinas.

Esperanza de placer en el mismo trabajo. ¡Qué extraña debe parecer a algunos de mis lectores, a la mayoría de ellos! Sin embargo, creo que todas las criaturas vivientes hallan placer desplegando sus energías y que incluso las bestias gozan del ejercicio de su agilidad, rapidez y fortaleza. Pero el hombre que trabaja, consciente de que lo que fabrica debe su existencia a su trabajo y a su voluntad, emplea la energía de su mente y de su alma tanto como las de su cuerpo. Su memoria y su imaginación le ayudan mientras trabaja. No son sólo sus propios pensamientos, sino los de otros hombres de épocas pasadas, los que guían sus manos; y crea en calidad de miembro de la raza humana. Si trabajamos así seremos hombres, y nuestros días serán felices y memorables.

Por tanto, un trabajo digno de ser hecho conlleva esperanza de obtener placer descansando, esperanza de obtener placer haciendo uso de lo producido, y esperanza de obtener placer ejercitando nuestra habilidad creativa día a día.

Cualquier otra clase de trabajo carece de valor; se trata de trabajo de esclavos; no es otra cosa que esforzarse para vivir, para poder vivir para esforzarse.

De esta forma, tenemos, por llamarlas así, los platillos de una balanza con la cual podemos pesar el trabajo que actualmente se hace en el mundo; usémoslos. Calculemos el mérito del trabajo que realizamos, tras tantos miles de años de esfuerzos, tras tantas promesas de esperanza aplazadas, tanta exaltación desbordada del avance de la civilización y las conquistas de la libertad.

Ahora bien, la primera característica del trabajo realizado en la civilización, y la más fácil de advertir, es que éste se halla muy desigualmente distribuido entre las diferentes clases de la sociedad. En primer lugar están aquellos -no pocos- que no realizan trabajo alguno ni fingen realizarlo. Vienen luego aquellos, y de estos hay muchos, que trabajan con bastante esfuerzo, pero gozan de comodidades y fiestas en abundancia, solicitadas y concedidas. Por último están los que trabajan tanto que puede decirse que no hacen más que trabajar, razón por la que reciben la denominación de “clase trabajadora”, diferenciándola de la clase media y de la clase adinerada o aristocracia, a las que antes he citado.

Está claro que esta desigualdad oprime grandemente a la clase “trabajadora”, y que su consecuencia visible ha de ser que ella vea destruidas sus esperanzas de conocer al menos el descanso, y por ello los convierte en algo peor a las bestias del campo; pero no se reducen a esto los resultados de nuestra necia transformación del trabajo útil en esfuerzo inútil, sino sólo su comienzo.

En lo que toca, en primer lugar a la clase adinerada, todos sabemos que ésta no realiza ningún trabajo, que consume mucho sin producir sin embargo nada. En consecuencia, como es obvio, ha de mantenerse a expensas de los que trabajan, como sucede con los indigentes, suponiendo una mera tara para la comunidad. Son muchos los que actualmente han aprendido a ver este hecho, aunque no puedan penetrar más en los males de nuestro actual sistema, ni se hayan figurado ningún plan para librarse de esa tara, aunque tal vez abriguen una vaga esperanza de que modificando el sistema de elección de los miembros de la Cámara de los Comunes, sea posible, como por arte de magia, avanzar en ese sentido. No han de quitarnos el sueño tales esperanzas o supersticiones. Más aún, esta clase, la aristocracia, que en otro tiempo se consideraba la más necesaria para el Estado, es numéricamente exigua y actualmente carece de poder propio, dependiendo del apoyo de la clase inmediatamente inferior a ella: la clase media. En realidad, se compone de los hombres de mayor éxito de esta clase o, cuando no, de

sus descendientes inmediatos

En lo que concierne a la clase media, que incluye a los comerciantes, industriales y profesionales de nuestra sociedad, parecen, por lo general, trabajar bastante intensamente, de modo que a primera vista se diría que ayudan a la comunidad en vez de constituir una carga para ella. Pero una inmensa mayoría de sus miembros, aunque trabaje, no produce, como es el caso de quienes se ocupan (con gran desperdicio, sin duda alguna) de la distribución de mercancías, de los médicos, o los (auténticos) artistas y literatos; todos ellos consumen más de lo que proporcionalmente les corresponde. Su sector comercial e industrial, el más poderoso, quema sus vidas y sus energías en luchas internas por sus respectivas partes de la riqueza que *obligan* a los auténticos trabajadores a proporcionarles, los otros viven en su práctica totalidad a costa de éstos; no trabajan para el público, sino para una clase privilegiada: son los parásitos de la propiedad. Algunas veces, como ocurre con los abogados, no lo disimulan; otras, como sucede con los médicos y otros antes mencionados, fingen ser útiles. Pero demasiado a menudo no tienen otra utilidad que la de mantener el sistema de necedad, engaño y tiranía del que forman parte. Y todos ellos, debemos recordarlo, tienen, por regla general, un objetivo claro: no buscan producir bienes, sino ocupar un lugar en la sociedad, para ellos o para sus hijos, y no tener que trabajar en absoluto. Su ambición y el objetivo de sus vidas enteras es obtener, si no para ellos al menos para sus hijos, la orgullosa posición de cargas evidentes para la comunidad. Porque su propio trabajo, pese a la falsa dignidad de que se rodean, no les importa nada; salvedad hecha de unos pocos entusiastas, hombres de ciencia, de las artes o las letras, que, si no constituyen la sal de la tierra, al menos son (¡y cuánto hay que lamentarlo!) la sal del miserable sistema que los esclaviza, los entorpece y desbarata en todo momento e incluso, ocasionalmente, los corrompe.

Tenemos entonces una clase, en su caso muy numerosa y todopoderosa, que produce muy poco y consume enormemente, y que por

tanto descansa en su mayor parte, como ocurre con los indigentes, sobre los verdaderos productores.

La clase que queda por considerar produce todo cuanto es producido y se ocupa de la manutención tanto de sí misma como de las otras clases, aun cuando su condición es de inferioridad respecto a ellas. Inferioridad verdadera, téngase en cuenta, pues implica la degradación de cuerpos y mentes. Pero, como consecuencia necesaria de tanta tiranía y necesidad, resulta de nuevo que muchos de estos trabajadores no son productores. Un gran número de ellos, una vez más, consiste en simples parásitos de la propiedad, en algunos casos abiertamente, como los soldados de mar y tierra, movilizados para la perpetuación de rivalidades y enemistades nacionales o para las luchas en que las naciones se disputan el producto de un trabajo por el que no han pagado. Pero, además de esta evidente carga para los productores y la no menos evidente del servicio doméstico, encontramos en primer lugar al ejército de oficinistas, tenderos y similares, dedicado a la guerra privada por la riqueza que, como anteriormente dije, es la verdadera ocupación de la clase media pudiente. Se trata de un número de trabajadores mayor de lo que pensaría uno a primera vista, pues incluye, entre otros, a todos los que se dedican a lo que podríamos llamar la venta mediante la competencia o, en palabras menos rimbombantes, el encumbramiento de la mercancía, que ha llegado hasta tal punto que hay muchas cosas cuya venta es más costosa que su producción.

Se encuentra seguidamente la masa de gente cuya ocupación consiste en producir todos esos tontos y lujosos artículos cuya demanda se debe a la existencia de las clases ricas no productoras; cosas que jamás solicitarían ni desearían personas de vida honrada e íntegra. Nunca llamaré riqueza, sino despilfarro, a estas cosas, no me importa quien me contradiga. La riqueza es lo que la Naturaleza nos da y lo que un hombre razonable puede obtener de los dones de la Naturaleza para su razonable uso. La luz del sol, el aire fresco, el paisaje virgen de la tierra, el alimento, el vestido y la vivienda

necesaria y decente; el acopio de toda clase de conocimientos y la capacidad de diseminarlos, los medios para la libre comunicación entre los hombres; las obras de arte, la belleza que es capaz de crear el hombre en el momento en que de verdad lo es, cuando más ambiciona y piensa. Todas las cosas que proporcionan placer a la gente libre, honrada e sana: esto es la riqueza. Y no puedo creer que tenga valor algo que no pueda clasificarse bajo ninguno de estos enunciados. Pensad, sin embargo, os ruego, en los productos de Inglaterra, el taller del mundo, y ¿no os dejará perplejos, como a mí me sucede, la idea de una inmensidad de cosas que ninguna persona cuerda podría desear, pero que no obstante nuestro esfuerzo inútil se ocupa de producir y, además, vender?

Más aún, existe una industria todavía más triste, a la que son forzados muchos, muchos, de nuestros trabajadores: la fabricación de mercancías necesarias para ellos y sus hermanos *porque son de clase inferior*. Porque si muchos hombres viven sin producir, claro está que sus vidas deben ser tan vacías y tan necias que han de *obligar* a una gran parte de los trabajadores a producir mercancías que nadie necesita, ni siquiera los ricos. De ello se deduce que la mayoría de las personas debe ser pobre; y viviendo como lo hacen de los salarios que les dan aquellos a quienes mantienen, no pueden aspirar al uso de los *bienes* que todo hombre por naturaleza desea, sino que deben contentarse con míseras imitaciones: comida infame que no alimenta, ropa podrida que no abriga, viviendas tan mezquinas que un ciudadano de esta civilización volvería la mirada con añoranza de las tiendas de lona de los nómadas, o de las cavernas de los salvajes prehistóricos. No, hasta los trabajadores tienen que colaborar en el gran invento industrial de esta época, la adulteración, y, mediante ella, producir para su propio uso falsificaciones y caricaturas de los lujos de los ricos. Porque los asalariados deben siempre vivir como los patronos les indican, e incluso sus mismas costumbres les son *impuestas* por los amos.

Pero desperdiciaríamos el tiempo y las energías intentando expresar con palabras todo el desprecio que nos merece la tan elogiada

producción de mercancías baratas de nuestra época. Baste decir que estas mercancías baratas son necesarias para el sistema de explotación en que está fundado la industria moderna. En otras palabras, nuestra sociedad incluye una gran masa de esclavos que deben ser alimentados, vestidos, alojados y entretenidos como esclavos, y cuyas necesidades diarias les obligan a fabricar mercancías propias de esclavos, sin más finalidad que perpetuar su esclavitud.

Podríamos resumir la forma de trabajo de los Estados civilizados diciendo que éstos constan de tres clases: una clase que ni siquiera aparenta trabajar, otra clase que finge trabajar pero que no produce nada, y una clase que trabaja, pero que es obligada por las otras dos clases a realizar un trabajo a menudo improductivo.

La civilización, por lo tanto, desperdicia sus propios recursos, y lo seguirá haciendo en tanto perdure el presente sistema. Son palabras frías para describir la tiranía que sufrimos; intentad, pues, considerar lo que significan.

Existe determinada cantidad de materias primas y de fuerzas naturales en el mundo, y una cierta cantidad de potencia laboral inherente a los cuerpos de sus habitantes. Los hombres, obligados por sus necesidades y por sus deseos, obligados por sus necesidades y por sus deseos, se han dedicado durante muchos miles de años a la tarea de someter las fuerzas de la Naturaleza y hacer que las materias primas les sean útiles. A nuestro parecer, como no podemos adivinar el futuro, esa lucha contra la Naturaleza parece casi terminada y la victoria de la raza humana sobre ella casi absoluta. Y, volviendo la vista a los primeros momentos de la historia, observamos que el progreso de esa victoria ha sido mucho más rápido y asombroso en los últimos doscientos años de lo que fuera nunca antes. Sin duda, nosotros, los modernos, deberíamos ser en consecuencia mucho mejores en todo que cualquiera de los que nos han precedido. Con toda seguridad debiéramos, todos y cada uno de nosotros, ser ricos, estar adecuadamente provistos de cosas

buenas obtenidas para nosotros por nuestra victoria sobre la Naturaleza.

Sin embargo ¿qué es lo que ocurre en realidad? ¿Quién se atreverá a negar que la gran mayoría de las personas civilizadas es pobre? Tan pobre que es una puerilidad intentar ponernos de acuerdo sobre el aspecto en que se halla mejor que sus ancestros. Pobre, de una pobreza que no puede medirse comparándola con la de un salvaje sin recursos, ya que éste no conoce nada más que su ella y, para él, padecer hambre y frío, carecer de vivienda, vivir sucio e ignorante, todo ello le resulta tan natural como su propia piel. Pero para nosotros, para la mayoría de nosotros, la civilización ha creado deseos que nos prohíbe satisfacer, y por lo tanto no sólo es avara con nosotros, sino que también nos tortura.

Así pues, nos han sido robados los frutos de nuestra victoria sobre la Naturaleza; así, la obligación impuesta por la naturaleza de trabajar con la esperanza de descanso, ganancia y placer, ha sido transformada por el hombre en la obligación de trabajar con la esperanza de ¡vivir para trabajar!

¿Qué hemos de hacer, pues? ¿Tenemos la capacidad de poner a esto una solución? Bien, recordemos una vez más que no fueron nuestros antepasados lejanos quienes triunfaron sobre la Naturaleza, sino nuestros padres; no, más bien nosotros mismos. Sería una extraña locura de nuestra parte que ahora permaneciéramos quietos, presas de la desesperación y la impotencia, pues seguramente podemos poner remedio. Entonces ¿por dónde hemos de empezar a actuar?

Hemos visto que la sociedad moderna se divide en dos clases, una de las cuales tiene el *privilegio* de vivir a costa del trabajo de la otra. Es decir, obliga a esta otra a trabajar para ella, y toma de esa clase inferior todo lo que *puede* tomar, y usa la riqueza así conseguida para mantener a sus propios miembros en una posición superior, para hacerlos que sean miembros de un orden superior a los otros: más longevos, más hermosos, más honorables, más refinados que

los de la otra clase. No digo que esta clase se esfuerce en hacer que sus miembros sean *efectivamente* longevos, bellos o refinados, sino que simplemente insiste en que lo sean *por comparación* con la clase inferior. Igual que no puede usar la potencia laboral de la clase inferior para producir auténtica riqueza, sino que ha de malgastarla en la producción de basuras al por mayor.

Es este robo y este despilfarro por parte de la minoría lo que mantiene a la mayoría en la pobreza. Si se pudiera demostrar que esta situación es necesaria para preservar la sociedad, poco podríamos añadir al respecto, salvo que la desesperación de la mayoría oprimida acabará por destruir la Sociedad tarde o temprano. Mas ha quedado demostrado, incluso mediante experimentos tan incompletos como las llamadas Cooperativas, que la existencia de una clase privilegiada no es en modo alguno necesaria para la producción de riqueza, sino más bien para el “gobierno” de los productores de riqueza o, en otras palabras, para éstos mantengan su privilegiada situación.

El primer paso a dar, pues, es la abolición de esa clase privilegiada de personas con licencia para eludir sus deberes de hombres y que, por consiguiente, obliga al resto a llevar a cabo el trabajo que rehúsa hacer. Todo el mundo ha de trabajar conforme a su capacidad y así producir lo que consume. Es decir, todo hombre debería trabajar lo mejor que le permitan sus capacidades para lograr su sustento, y este sustento debería estarle asegurado. Esto es, todas las ventajas que la sociedad sería capaz de proveer a todos y cada uno de sus miembros

Así, finalmente, sería fundada una auténtica Sociedad. Se basaría en la igualdad de condiciones. Ningún hombre sufriría tormento en beneficio de otro; ni tampoco sufriría ningún hombre tormento en beneficio de la Sociedad. Porque, realmente, no puede llamarse Sociedad un orden cuya preservación no sea benéfica para todos sus miembros.

Pero, tal como los hombres viven ahora, o más bien malviven, con tanta gente que no produce nada y tanto trabajo malgastado, queda claro que, en una situación en que todos produjeran y no se desperdiciara ningún trabajo, no sólo trabajarían todos con la esperanza cierta de gozar de su debida parte de la riqueza mediante su trabajo, sino que tampoco perderían su debida parte de descanso. Aquí tenemos, pues, que se le han asegurado al trabajador dos de las tres clases de esperanza que antes mencioné como parte esencial de un trabajo digno de ser hecho. Una vez se haya abolido el robo de clase, todos los hombres cosecharán los frutos de su trabajo; todos los hombres tendrán su debido descanso, su ocio. Algunos socialistas podrían decir que esto ya es suficiente; basta con que el trabajador obtenga el producto completo de su trabajo y que su descanso sea abundante. Pero aun aboliendo así la coacción de la tiranía humana, sigo reclamando una compensación por la sujeción a las exigencias de la Naturaleza. En tanto que el trabajo sea repulsivo, seguirá siendo una carga que soportar diariamente, lo que es suficiente para frustrar nuestras vidas, por muy escasas que sean las horas de trabajo. Lo que queremos hacer es acrecentar nuestra riqueza sin merma de nuestro placer. La Naturaleza no estará definitivamente conquistada hasta que nuestro trabajo no llegue a ser una parte del placer de nuestras vidas.

La primera etapa del proceso por el que se liberará a la gente de la obligación de trabajar sin necesidad nos situará al menos en la vía hacia esta feliz meta, pues entonces tendremos tiempo y ocasión de alcanzarla. Tal como ahora están las cosas, entre el desperdicio de potencia laboral debido a la total ociosidad y al trabajo improductivo, es evidente que el mundo civilizado es mantenido por una pequeña fracción de su población. Si *todos* trabajaran *útilmente* en su mantenimiento, la porción de trabajo que le correspondería a cada uno sería realmente pequeña, si es que nuestro nivel de vida fuera el mismo que la gente pudiente y refinada considera hoy día deseable. Tendremos potencia laboral de sobra y, en pocas palabras, nuestra prosperidad no tendrá más límite que nuestros de-

seos. Vivir será fácil. Si despertáramos una mañana (bajo nuestro actual sistema) y descubriéramos que “vivir es fácil”, dicho sistema nos obligaría a empezar a trabajar enseguida y haría que vivir fuera difícil. A eso lo llamaríamos “desarrollo de nuestros recursos”, o algún bonito nombre similar. Multiplicar el trabajo se ha convertido para nosotros en una necesidad y, mientras eso ocurra, toda la inventiva aplicada a la creación de máquinas carecerá de verdadera utilidad para nosotros. Cada nueva máquina aumentará en determinado grado la miseria de los trabajadores cuya industria particular se vea afectada. Muchos de ellos pasaran de ser trabajadores especializados a ser peones; después, poco a poco, las cosas volverán a sus cauces normales y todo, aparentemente, volverá a marchar sobre ruedas. Y si no fuera porque todo esto va preparando la revolución, las cosas parecerían, para la mayoría de los hombres, tal como eran antes del nuevo y maravilloso invento.

Pero cuando la revolución haya logrado que “vivir sea fácil”, cuando todos trabajemos juntos en armonía y nadie robe al trabajador su tiempo, es decir, su vida, en esos días venideros no existirá sobre nosotros la obligación de producir continuamente cosas que no deseamos, ninguna obligación de trabajar a cambio de nada; podremos pensar con calma y reflexión qué hacer con nuestra riqueza en potencia laboral. Ahora bien, por mi parte creo que el primer uso que deberíamos hacer de esa riqueza, de esa libertad, sería lograr que todo trabajo, aun el más vulgar y más necesario, fuera agradable para todos; porque, al examinar más detenidamente este punto, veo que la única manera de vivir una vida feliz a pesar de todo percance o problema, es interesarse en el placer en todos los aspectos de la vida. Y en caso que alguien juzgue esto una perogrullada indigna de ser dicha, recordaré que esto es lo que la civilización moderna prohíbe por completo. Con qué rumores sórdidos e incluso truculentos rodea la vida de los pobres, qué vida mecánica y vacía destina a los ricos, y qué extraña fiesta es, para cualquiera de nosotros, sentirse parte de la Naturaleza y percibir sin prisas y juiciosamente cómo discurren nuestras vidas entre las pequeñas cade-

nas de acontecimientos que las conectan con las vidas de los demás hasta construir el gran edificio de la humanidad.

Pero nuestra vida entera podría ser una fiesta semejante si estuviéramos resueltos a hacer que todo nuestro trabajo fuera razonable y placentero. Pues debemos ser decididos, porque aquí las medias tintas no sirven para nada. Ya se ha dicho que nuestro triste trabajo actual y nuestra vida amenazada y ansiosa como la de una fiera acosada, nos son impuestos por el actual sistema de producción destinada al provecho de las clases privilegiadas. Hay que poner al descubierto las implicaciones de esto. Bajo el sistema actual de salarios y de capital, el “fabricante” (absurda denominación la suya, pues un fabricante es quien fabrica algo él mismo), quien posee el monopolio de los medios por los cuales la potencia laboral inherente a cada cuerpo humano puede ser usada en la producción, es el amo de los que no son tan privilegiados; él y sólo él es capaz de utilizar esa potencia laboral que, por otra parte, es el único bien que hace que su “capital”, es decir, el producto acumulado del trabajo anterior, le sea productivo. Esta persona, por tanto, compra la potencia laboral de los que están desprovistos de capital y sólo pueden vivir vendiéndoselo. Su objetivo en esta transacción es acrecentar su capital, hacer que se reproduzca. Es obvio que si pagara a aquellos con quienes hace su negocio el valor completo de su trabajo, es decir, todo lo que producen, fracasaría en su propósito. Pero como tiene el monopolio de los útiles del trabajo productivo, puede *obligarles* a aceptar el trato que a él le conviene más y a ellos más les perjudica. Este acuerdo consiste en que, después de haberse ganado el sustento, calculado para que sea suficiente para granjearle su sumisión pacífica, el resto (y la mayor parte con diferencia) de lo que producen le pertenecerá a él, será *propiedad* suya, con la que podrá hacer cuanto guste y usar o abusar de ella según su albedrío; y esa propiedad está, como todos sabemos, celosamente guardada por el ejército y la marina, la policía y la prisión. En breve, por esa gran masa de fuerza física que, gracias a la superstición, la costumbre, el miedo a morir de hambre, en una

palabra, gracias a la IGNORANCIA, sirve, para que, entre unas masas carentes de propiedades, las clases propietarias puedan someter a sus esclavos

Ahora bien, en otras ocasiones podremos señalar otros males de este sistema. Pero ahora quiero indicar la imposibilidad de que nosotros alcancemos un trabajo atractivo dentro de este sistema y repetir que este robo (no hay otra palabra) malgasta la potencia laboral disponible del mundo civilizado, obligando a muchos hombres a no hacer nada y a muchísimos más a no hacer nada útil; y obligando a los que desempeñan tareas realmente útiles al más gravoso exceso de trabajo. Porque, entendedlo de una vez por todas, no son bienes lo que el “fabricante” intenta producir mediante el trabajo robado a otros, sino beneficios, es decir, “riqueza”, producida adicionalmente y a costa del sustento de sus trabajadores y del desgaste de su maquinaria. Si esa “riqueza” es auténtica o una fantasía, poco le importa. Si la vende y le deja un “beneficio”, todo va bien. Ya he dicho que, debido a la existencia de ricos que, al tener más dinero del que pueden gastar razonablemente, compran riqueza falsa, se produce un derroche. Y debido también a la existencia de gente pobre que no puede permitirse la compra de cosas dignas de ser hechas, se da otro derroche. Por esto la “demanda” que dice satisfacer la “oferta” del capitalista es una falsa demanda. El mercado en que vende está falseado por las mezquinas desigualdades producidas por los robos del sistema de Capital y Salarios.

Debemos decidirnos a librarnos de este sistema, por tanto, si aspiramos a un trabajo feliz y útil para todos. El primer paso para hacer el trabajo agradable es conseguir los medios para hacerlo fructífero: el Capital, incluyendo la tierra, la maquinaria, las fábricas, etc., hasta que podamos todos trabajar en “satisfacer” la “demanda” verdadera de todos y cada uno. Es decir, que trabajemos por el sustento en vez de trabajar por los beneficios. Que viene a ser la capacidad de obligar a otras personas a trabajar en contra de su voluntad.

Una vez se haya dado este primer paso y los hombres comiencen a entender que la Naturaleza impone a todos o trabajar o perecer, y cuando ya no sean tan necios como para conceder a algunos la alternativa del robo, cuando haya llegado este día feliz, nos libramos de las cargas del derroche y por consiguiente descubriremos que disponemos, como dije antes, de tal cantidad de potencia laboral que podremos vivir como queramos dentro de unos límites razonables. Nunca más nos sentiremos acuciados e impulsados por el miedo al hambre que actualmente oprime a la mayor parte de los miembros de las comunidades civilizadas en la misma medida que a los meros salvajes. Las necesidades primarias y más perentorias serán satisfechas, en una comunidad que no despilfarre trabajo, con tal facilidad que tendremos tiempo de sobra para mirar alrededor y decidir qué es lo que realmente deseamos, qué podemos obtener sin forzar nuestras energías. Porque el miedo, expresado tan a menudo, a que predomine la mera ociosidad en cuanto desaparezcan las fuerzas coactivas de la actual jerarquía, no es más que un producto del trabajo excesivo y repugnante que la mayoría de nosotros tiene actualmente que soportar.

Vuelvo a decir que, en mi opinión, hacer atractivo el trabajo será la primera tarea que consideraremos digna del sacrificio de una parte de nuestro ocio. Lograr este objetivo no requerirá un sacrificio demasiado grande, aunque se precisará *algo*. Porque podemos suponer que hombres que acaban de salir de un periodo de lucha y de revolución serán los últimos en aguantar durante largo tiempo una vida de mero utilitarismo, aunque los ignorantes acusen a veces a los Socialistas de perseguir ese tipo de vida. Por otra parte, el aspecto ornamental de la vida moderna ya se halla podrido hasta la médula y hay que barrerlo completamente antes de instaurar el nuevo orden de cosas. Nada de esto, ni nada que pueda proceder de esto, podría satisfacer las aspiraciones de unos hombres liberados de la tiranía del comercialismo.

Debemos comenzar a construir el aspecto ornamental de la vida, sus placeres, corporales y mentales, científicos y artísticos, sociales

e individuales, a partir de un trabajo asumido libre y alegremente, con la conciencia de estarnos beneficiando de él y de estar beneficiando a nuestro prójimo. Un trabajo tan absolutamente necesario como el que debemos emprender sólo nos ocupará, en primer lugar, una pequeña parte del día, y por ello, no será gravoso. Aunque será una tarea repetida día tras día y que, en consecuencia, podría malograr nuestro placer diario, a no ser que se convierta en soportable mientras dure. En otras palabras, todo trabajo debe hacerse atractivo, incluso el más ordinario.

¿Cómo lograr esto? Me ocuparé de ofrecer una respuesta a esta pregunta en lo que resta de conferencia. Al ofrecer algunas ideas sobre este asunto sé que, aunque todos los Socialistas acepten muchas de mis sugerencias, habrá quien considere que algunas de ellas son extrañas y aventuradas. Debe, pues, considerarse que las presento sin ninguna intención dogmática y que solamente recogen mi propia opinión personal.

De todo lo anteriormente dicho se deduce que el trabajo, para ser atractivo, debe estar dirigido a algún fin claramente útil, salvo en los casos en que algún individuo lo realiza voluntariamente como pasatiempo. Se hace aún más necesario tener en cuenta esta evidente utilidad la hora de endulzar tareas que de otro modo serían fastidiosas, puesto que una moral social, la responsabilidad humana por la vida humana, sustituirá en el nuevo orden de cosas a la moral teológica o a la responsabilidad del hombre ante cualquier noción abstracta. Además, el trabajo diario llevará escaso tiempo. No es necesario insistir en ello. Está claro que cuando no se malgaste el trabajo, éste *podrá* ser breve. También está claro que muchos trabajos que ahora son un tormento serían fácilmente soportables si se acortaran considerablemente

La variedad del trabajo es el punto siguiente y uno de los más importantes. Obligar a un hombre a realizar la misma tarea todos los días, sin la esperanza de escapar o cambiar, significa, en realidad, convertir su vida en una cadena perpetua. Solamente la tiranía de

la avaricia lo hace necesario. Cualquier hombre podría fácilmente aprender y practicar al menos tres oficios, pasando de una ocupación sedentaria a otra al aire libre, de un trabajo que exija el ejercicio de la fuerza física a otro en que su mente resulte más importante. Por ejemplo, hay pocos hombres que no deseen dedicar una parte de sus vidas al trabajo más agradable y necesario de todos: el cultivo de la tierra. Un factor que hará posible esta variedad de empleo será el aspecto que tendrá la educación en una comunidad socialmente ordenada. Actualmente toda la educación tiene como objetivo adaptar a las personas a sus lugares en la jerarquía del comercio: unos, como amos; otros, como trabajadores. La educación de los amos es más ornamental que la de los trabajadores, pero también es comercial; e incluso en las más famosas universidades se tiene en poco aprender a menos que, a largo plazo, ese conocimiento reporte dinero. La auténtica educación es algo totalmente distinto, y consiste en descubrir para qué sirve cada persona y en ayudarla a tomar la senda acorde a sus inclinaciones. En una sociedad debidamente ordenada, por lo tanto, sería parte de la educación de los jóvenes, de la disciplina de su cuerpo y su mente, el aprendizaje de todos los trabajos manuales para los que tengan inclinación. Y los adultos tendrían también la oportunidad de aprender en las mismas escuelas, porque el objetivo principal de la educación sería, por encima de todo, desarrollar las capacidades individuales, y no, como ahora, subordinar todas las capacidades al grandioso fin de ganar dinero, para uno mismo o para el amo. La cantidad de talento e incluso genio que el actual sistema aplasta, y que el nuevo sistema liberaría, convertiría nuestro trabajo diario en algo fácil e interesante.

Por lo que se refiere a la variedad, quiero señalar un producto industrial tan afectado por el comercialismo que difícilmente puede decirse que exista y que es, en realidad, tan ajeno a nuestra época que me temo que algunos encontrarán difícil de entender lo que voy a decir al respecto. Y sin embargo debo decirlo, ya que es un tema realmente importante. Me refiero a esa clase de arte que es o de-

biera ser realizado por trabajadores corrientes en su labor ordinaria y conocido, muy apropiadamente, como arte popular. Este arte, repito, hoy ya no existe y ha sido asesinado por el comercialismo. Pero desde el comienzo de la lucha del hombre contra la Naturaleza hasta la aparición del sistema capitalista actual, vivió y generalmente floreció. Mientras existía, todas las obras del hombre quedaban embellecidas con él, del mismo modo que la Naturaleza embellece todo lo que ella misma hace. El artesano, al dar forma al objeto que tenía entre sus manos, lo adornaba con tanta naturalidad y con tal carencia de esfuerzo consciente que a menudo es difícil distinguir el límite entre la parte meramente utilitaria del trabajo y la parte ornamental. Pero el origen de este arte estaba en la necesidad que el trabajador sentía de introducir variedad en su trabajo, y aunque la belleza producida por este deseo era un gran regalo al mundo, el hecho de que el trabajador encontrara variedad y placer en su trabajo tenía aún mayor importancia, porque marcaba todo trabajo con la huella del placer. En nuestra civilización, todo esto ha desaparecido completamente del trabajo. Si queréis un adorno debéis pagarlo aparte, y el trabajador está obligado a producir esos adornos, como lo está a producir otras mercancías. Está obligado a fingir felicidad en su trabajo, de modo que la belleza creada por la mano del hombre, que en otro tiempo fue el solaz del trabajo, se ha convertido ahora en una carga extra, y el ornamento no es hoy más que una de las necedades del esfuerzo inútil, y tal vez no sea la menos fastidiosa de sus cadenas.

Junto al acortamiento del trabajo, la conciencia de su utilidad y la variedad que debiera acompañarlo, existe otra cosa necesaria para hacerlo atractivo: un ambiente agradable. La miseria y sordidez que las personas civilizadas soportamos complacientemente como parte necesaria del sistema industrial, es tan necesaria para la comunidad en su conjunto como pueda serlo una cantidad semejante de suciedad en la casa de un rico. Si tal persona permitiera que se esparciera carbonilla por sus salones, se instalara un retrete en cada rincón de su comedor, la belleza de su jardín dejara paso a la

acumulación de polvo y desperdicios, si jamás lavara sus sabanas ni cambiara sus manteles, y obligara a sus familiares a dormir de cinco en cinco en cada cama, seguramente sería puesto a merced de los loqueros. Y, sin embargo, tales actos de mezquina locura son precisamente lo que nuestra sociedad actual comete a diario obligada por una supuesta necesidad que no es otra cosa que su locura. Os ruego que hagáis que vuestros loqueros se ocupen de esta civilización de inmediato.

Porque todas nuestras hacinadas ciudades, nuestras pavorosas fábricas, no son sino el resultado de la búsqueda de beneficios. La producción capitalista, la posesión capitalista de tierras y el comercio capitalista empujan a los hombres a las grandes ciudades para manipularlos según los intereses del capital. La misma tiranía reduce el espacio de las fábricas de tal modo que (por ejemplo) el interior de la nave de un telar ofrece un espectáculo casi tan ridículo como horrible. No hay ninguna necesidad de todo ello, salvo la necesidad de extraer beneficios de las vidas de los hombres y de producir artículos baratos para el uso (y sometimiento) de los afanosos esclavos. Pero todavía no se ocupan las fábricas de todas las clases de trabajos. A menudo se ha dado ese paso sin más necesidad que las de la tiranía del beneficio. La gente que se ocupa de dicho trabajo podría vivir sin verse obligada a vivir hacinada en los suburbios. Nada impide que puedan ejercer su trabajo en tranquilas casas de campo, residencias industriales, ciudades pequeñas o, resumiendo, cualquier sitio más agradable donde vivir.

Respecto a la parte de trabajo que debe ser organizado a gran escala, el propio sistema fabril, bajo un orden de cosas razonable (pese a que en mi opinión aún éste presentaría desventajas), podría ofrecer al menos la oportunidad de una vida social completa e interesante rodeada de muchos placeres. Las fábricas podrían ser asimismo centros de actividad intelectual, y el trabajo en ellas podría resultar muy variado. La vigilancia de la maquinaria ocuparía tan sólo una pequeña parte de la jornada de trabajo individual. El resto del trabajo podría abarcar desde el cultivo de los campos ve-

cinos al estudio y la práctica del arte y de la ciencia. Evidentemente, la gente ocupada en tales actividades, en posesión de sus propias vidas, no permitirá que el apremio o la imprevisión hagan cargar con suciedad, desorden o falta de vivienda. La ciencia, bien aplicada, permitirá librarse de los desperdicios, reducir al mínimo – cuando no eliminar por completo- todos los inconvenientes que actualmente se derivan del uso de la maquinaria complicada, tales como el humo, la fetidez y el ruido. Tampoco consentirán que los edificios en que trabajan o viven sean feas manchas en la hermosa faz de la tierra. Comenzando por construir fábricas, edificios y talleres tan decentes y cómodas como sus casas, infaliblemente seguirán por ese camino, y no serán buenos sólo por no ser malos, no sólo serán inofensivos; serán incluso bellos, y tal vez el glorioso arte de la arquitectura, temporalmente asesinado hoy día por la voracidad comercial, renazca y florezca.

Así, ya veis, mantengo que en una comunidad debidamente ordenada el trabajo deberá llegar a ser atractivo gracias a la conciencia de su utilidad, a ser llevado a cabo con un interés lúcido, a su variedad, a desarrollarse en un ambiente agradable. Pero también he propuesto, al igual que todos, que el día de trabajo no sea fastidiosamente largo. Tal vez haya quien pregunte: "¿Y cómo se hará esta última reivindicación compatible con las otras? ¿Acaso un trabajo tan refinado no encarecerá demasiado los productos?"

Admito, como he dicho antes, que algún sacrificio será necesario para que el trabajo se convierta en algo atractivo. Quiero decir que si en una comunidad libre pudiéramos conformarnos con un trabajo según el mismo sistema agobiante, sucio, desordenado, frío, que ahora tenemos, acortáramos nuestro día de trabajo mucho más de lo que, en mi opinión, pudiéramos lograr, tomando en consideración todo tipo de oficios. Pero si lo hiciéramos así, nuestra recién ganada libertad de actuación nos dejaría indiferentes y desdichados, y no ansiosos, como ahora nos encontramos, y como a mí me parece necesario para elevar nuestra situación hasta el nivel que sería deseable para la comunidad entera. Y no sólo esto. Debiéramos

emularnos los unos a los otros en el sacrificio, absolutamente libre, de otra parte de nuestro tiempo y tranquilidad para elevar el nivel de vida. Las personas, ya sea individualmente, ya sea asociadas para tales fines, producirían libremente y por amor al trabajo y a sus resultados -estimuladas por la esperanza del placer de la creación-, esos adornos de la vida para el servicio de todos, objetos que ahora se producen (o se pretenden producir) a cambio de dinero, para que sirvan a unos pocos ricos. Queda por conocer una comunidad civilizada que viva enteramente sin ningún arte ni literatura. La pasada degradación y corrupción de la civilización puede imponer una negación del placer como ésta en la sociedad surgida de sus cenizas. Si ha de darse este utilitarismo, lo aceptaremos como fase pasajera que servirá de cimiento al futuro arte. Si los tullidos y los hambrientos desaparecen de nuestras calles, si la tierra nos nutre a todos por igual, si el sol brilla igualmente para todos, si para todos y cada uno de nosotros el glorioso drama de la tierra -el día y la noche, el verano y el invierno- puede ser representado como algo inteligible y admirable, bien podemos permitirnos cierto tiempo de espera hasta habernos purificado de la infamia de la pasada corrupción y el arte surja de nuevo entre gentes libres del terror del esclavo y la vergüenza del ladrón.

Mientras tanto, y en todo caso, debemos pagar por ese refinamiento, reflexión y deliberación del trabajo, pero no con la obligación de trabajar largas horas. Nuestra época ha inventado máquinas que hubieran parecido descabelladas fantasías a los hombres de pasadas épocas y hasta el momento no hemos hecho uso de ellas *en absoluto*.

Son máquinas “para ahorrar trabajo”, como se dice, y esa frase tan corriente señala qué es lo que esperamos de ellas, aunque no lo conseguimos. Lo que en realidad hacen es degradar al obrero especializado al rango del obrero sin cualificar, acrecentar el número de “trabajadores de reserva”; es decir, hacer más precaria la vida de los trabajadores y más intenso el trabajo de quienes sirven a las máquinas (como los esclavos sirven a sus amos). Y todo esto lo

hacen mientras amontonan los beneficios de los empresarios del trabajo o les obligan a invertir esos beneficios en la enconada guerra comercial que mantienen entre sí. En una verdadera sociedad, estos prodigios de la inventiva humana se usarían sobre todo para reducir la cantidad de tiempo invertido en trabajos poco atractivos; tiempo que, por obra de ellas, se vería reducido hasta convertirse en una carga ligerísima para cada individuo. Y mucho más dado que estas máquinas serían, sin duda alguna, muy perfeccionadas, en cuanto ya no se discutiría si su perfeccionamiento tendría como objetivo único enriquecer a un individuo o beneficiar a la comunidad.

Todo esto respecto al uso normal de las máquinas, el cual, probablemente y después de cierto tiempo, sería en cierto modo limitado, ya que los hombres descubrirían que no es necesario inquietarse por la mera subsistencia, y aprenderían a interesarse y gozar del trabajo manual, el cual, hecho deliberada y reflexivamente, podría resultar más atractivo que el trabajo de las máquinas.

Repito que la gente liberada del terror diario a morir de hambre descubrirá lo que realmente quiere y, al no estar obligada por nada más que sus propias necesidades, se negará a producir todas esas banalidades conocidas como artículos de lujo, así como el veneno y la basura actualmente conocidos como artículos baratos. Nadie querrá fabricar calzones de felpa, pues ya no habrá lacayos para ponérselos, ni nadie perderá el tiempo fabricando oleomargarina, pues nadie estará obligado a prescindir de mantequilla verdadera. Únicamente se necesitan leyes contra la adulteración en las sociedades de ladrones. En una sociedad como aquella de la que hablo son letra muerta.

Muchas veces se pregunta a los socialistas como se realizarían los trabajos más duros y repulsivos en el nuevo orden de cosas. Intentar dar respuesta a estas preguntas de forma completa y sentando doctrina sería pretender, estérilmente, elaborar el esquema de una sociedad nueva a partir de los materiales de la vieja, antes de saber

cuáles de ellos desaparecerán y cuáles soportarán el proceso de evolución que nos lleva al gran cambio. Sin embargo, no es difícil imaginar alguna solución por la cual los que realizaran las tareas más duras, trabajarían en turnos muy breves. Y, de nuevo, lo antes dicho sobre la variedad del trabajo resulta especialmente aplicable en este punto. Una vez más digo que la noción de que un hombre empeñe toda su vida, sin esperanza alguna, en la realización de una tarea repulsiva e interminable, es digna del infierno imaginado por los teólogos, pero no de ningún otro tipo de sociedad. Finalmente, si trabajos tan rudos fueran de algún género especial, es de suponer que se convocarían de forma especial voluntarios para realizarlos, y que seguramente los habría. A no ser que los hombres en estado de libertad pierdan las ráfagas de hombría que poseían cuando eran esclavos.

Y si aun así hubiera algún trabajo que no pudiera dejar repulsivo ni abreviándolo ni haciendo intermitente su repetición, ni por su utilidad especial y peculiar (con el honor implicado) para el hombre que lo realice libremente; si todavía queda algún trabajo que no pueda dejar de ser un tormento para el trabajador; en ese caso ¿qué? Bien, pues podríamos imaginar qué tremenda desgracia nos acaecería por prescindir de realizarlo, porque tal vez tal trabajo no merezca la pena. Es imposible que un trabajo de tal clase tenga un producto digno de su precio.

Hemos visto ya que es hipócrita y falso el dogma semiteológico de que todo trabajo, bajo toda circunstancia, es una bendición para el trabajador; y, por otra parte, el trabajo es un bien cuando es acompañado de la justa esperanza de descanso y de placer.

Hemos puesto el trabajo que se lleva a cabo en nuestra civilización en la balanza, hallándolo deficiente, dado que carece de esperanza casi por completo. Vemos por consiguiente que la civilización ha engendrado una deplorable maldición sobre los hombres. Pero hemos visto también que el trabajo del mundo podría llevarse a cabo con esperanza y placer si no fuera malgastado por la estupidez y la

tiranía, por la perpetua lucha de clases opuestas.

Por eso necesitamos Paz para poder vivir y trabajar en la esperanza y con placer. Esa Paz tan deseada, si damos crédito a las palabras de los hombres, pero tan continua y firmemente rechazada atendiendo a sus hechos. En cuanto a nosotros, sin embargo, pongamos nuestra ilusión en ella y obtengámosla a cualquier precio

¿Quién podría decir cuál es ese precio? ¿Será posible ganar la paz pacíficamente? Ay, ¿cómo será posible? Estamos tan acorralados por el error y la locura que, de una forma u otra, debemos permanecer siempre luchando contra ellos; tal vez nuestras vidas no lleguen a ver el final de la contienda, tal vez ni siquiera la clara esperanza de su final. Tal vez lo mejor que podamos esperar es contemplar que la batalla se va haciendo más dura y enconada cada día, hasta estallar abiertamente, al fin, en una carnicería provocada por el actual armamento, y no por los métodos más bajos y más crueles del comercio “pacífico”. Llegar a ver esto no sería cosa de broma, pues señalaría que las clases ricas reconocen sus injusticias y robos, y que los están defendiendo a sabiendas mediante violencia declarada. El final no podrá encontrarse lejos de ese momento.

Pero en todo caso, y sea cual fuere la naturaleza de nuestra lucha por la paz, con tal de dirigirse a ella firmemente y con sencillez de espíritu y tenerla siempre en perspectiva, un reflejo de esa paz del futuro iluminara la confusión y las tribulaciones de nuestras vidas, tanto si éstas son aparentemente insignificantes como claramente trágicas; y viviremos, al menos en nuestra esperanza, una vida de hombres. Los actuales tiempos no pueden darnos una mejor recompensa.